

y el rey de Nápoles, como herederos de los Farnesios, confieren la orden. Pio II, cuando los turcos amenazaron la Italia, instituyó la de *nuestra señora de Belem* y la de los *jesuatos*; y por la misma causa Federico III, de Austria, la de *S. Jorge*, cuya sede estuvo en Muhlstads de Carintia, cuyos caballeros no hacían voto de pobreza, eran dueños de elegir el color de su hábito, á escepcion del rojo, verde y azul, llevaban en el manto cruz roja, y acabaron en 1511. La de la *Espuela de oro* fué peculiar de los pontífices, que la conferían á todos los embajadores venecianos en Roma; Paulo III facultó á la familia Esforcia Cesarini el derecho de conferirla. También otros soberanos hicieron á particulares este privilegio.

Seria por demás enojoso enumerar los órdenes militares, y basta á nuestro propósito la relación hecha de estas instituciones; pues de ella aparece que fueron un elemento civilizador y humanitario, y que cuando se instituyeron eran necesarias á la sociedad y á la civilización. Así, pues, no es nuestra intención ocuparnos de todas las órdenes religiosas, civiles, ni militares, ni menos de la distinción que existía entre los caballeros de gracia y los de justicia, ni de las condiciones que de aquí se derivaron á título de memoria, ó premio más ó menos honorífico; estas cualidades no entran en el plan de nuestra obra, por más estimadas y admirables que sean; no vamos á hacer la apoteosis

de la vanidad, sino la apología de la caridad, y así tratamos únicamente de las que deben su origen á esta sublime virtud. En este sentido es digna de nuestra admiración la caballería religiosa, donde el hombre acepta por el hombre el sacrificio de todos los afectos, renuncia á la gloria del guerrero, como también al reposo del monje y carga con el doble peso de estas dos existencias un mismo individuo, dedicándose alternativamente á los peligros del campo de batalla y al alivio del padecimiento, á sembrar el espanto en las filas enemigas, á consolar los afligidos y á ejercer la caridad con los enfermos. En Europa los caballeros iban en busca de aventuras por su honor y por su dama; los de Tierra santa por proteger la indigencia y el infortunio, por socorrer al desvalido y ejercer la caridad con el enfermo: el gran maestro de los hospitalarios tenía el glorioso título de *guardian de los pobres de Cristo*; el de la orden de *S. Lázaro* debía ser un leproso; los caballeros llamaban á los pobres *nuestros amos*. Efectos admirables de la religión, que en los siglos en que todo el poder emanaba de la cuchilla, sabía humillar el valor y hacerle olvidar aquel orgullo que le es inseparable. Aun en el día estas órdenes sirven para premiar el mérito, y no son siempre un ornamento insignificante y una prenda de servil docilidad; fueron útiles en su creación y no son hoy enteramente inútiles.

Hemos reseñado los institutos militares, y la historia, que nos demuestra la corrupción del siglo en que nacieron, ha tenido buen cuidado de enumerar sus hechos heroicos, y la humanidad entonces hollada y afligida bendice á los guerreros de la cruz que, por amor á los hombres, se sacrificaban en los hospitales y en los campos de batalla: allí prestando auxilio á los enfermos, aquí apoyo á los débiles; allí ejerciendo la caridad con la humanidad doliente, aquí con la humanidad oprimida; allí esponiendo su vida al furor de miasmas corrosivos, aquí al furor de los aceros, y tanto en unos sitios como en otros, siendo siempre los defensores de la mejor de las causas, y siempre adquiriéndose el título de humanitarios, título legítimamente adquirido, título que no puede disputársele sin notoria injusticia, y que en vano usurpan los que al grito de humanidad abandonan los enfermos, no socorren al pobre, ni alivian al oprimido, y mientras el hombre perece de hambre y de miseria, se gastan enormes sumas en perros, en alimentar y albergar animales.

Contemplando los escándalos é inmoralidad, los atropellos y desafueros de los siglos que dejamos anotados en otro lugar, considerando á la fuerza imponiendo su opresion, su ley de hierro á la humanidad, y viendo á la religion escitando en pechos generosos, en corazones arrepentidos la caridad, estimulándolos á consagrarse en defensa de

sus hermanos, y convirtiendo en protectores los que poco antes eran verdugos y opresores del género humano, no podemos menos de admirar su divinidad y la fuerza de la gracia que sabe sacar de los males bienes, y convertir en instrumentos benéficos sus mas encarnizados enemigos. Los opositores y detractores de los freires podrán decir de las órdenes religiosas militares cuanto gusten; sus argumentos, sus acusaciones, sus diatribas se convertirán contra ellos mismos, porque aparecerán los hechos, y la historia al describir los sucesos no podrá menos de encomiar estos institutos, que si hoy que la civilizacion ha puesto un dique á las tropelías gloriosas no son necesarios, lo fueron cuando se fundaron, y sin su existencia es bien seguro que la civilizacion misma no hubiera llegado, al menos tan pronto, al estado en que la tenemos, puesto que no la hubiera sido fácil romper la cadena de iniquidades que sujetaba sus fuerzas, aprisionaba sus alas y contenia sus impulsos, y por lo mismo que la estacionaba hubiera impedido su progreso.

No es una fábula cuanto acabamos de decir, sino una consecuencia legítima del estudio de la historia. Nacieron en Jerusalem los hospitalarios y templarios, en el sitio de Tiro los hermanos de Santa María, y unos y otros eran necesarios para proteger y amparar los peregrinos en aquellas inseguras regiones, y para curar sus enfermedades

en aquellas ciudades inhospitalarias: la caridad los armó, y el mundo bendijo sus santos ejercicios, y la humanidad entera sintió su benéfico influjo; merced á ellos, aquellas devotas peregrinaciones se hicieron sin tanto riesgo. Volviendo los ojos á Europa, encanta y admira leer los estatutos de estas órdenes caballerescas, donde se dan preceptos de estremada hidalguía, donde hasta lo galante es religioso, donde en los momentos mismos en que eran atropellados el pudor de la jóven, el lecho de la casada, el recato de la viuda, el desamparo del huérfano, la debilidad del niño, las canas del anciano, el recogimiento del cenobita y el abstraiamiento del sacerdote, se levantan hombres de corazon, espíritus humanitarios, se erigen los protectores y paladines del débil y del oprimido, y con la cruz de nuestra redencion por divisa se esponen á los peligros, y al grito santo de religion y al abrigo del Evangelio, bajo la egida de la caridad, rescatan la humanidad de su envilecimien- to y esgrimen en su favor las mismas armas que la oprimían, los mismos aceros que la aherrojaban. Este es el caballero de las órdenes militares religio- sas; este es ese guerrero de la cruz; su pendon siem- pre sirvió de consuelo y apoyo á la humanidad, siempre fué el terror y el espanto de sus enemi- gos; su institucion será siempre la obra de la ca- ridad, la inspiracion de la religion de Jesucristo, sin la cual aparece la humanidad huérfana y des- valida, sin apoyo ni proteccion.

Los siglos han adelantado, la civilizacion se ha estendido, en todas partes se invocan los dere- chos de la humanidad y se proclaman los dere- chos del hombre, y nuestros enemigos pública- mente se llaman sus amigos, sus patronos, sus defensores: á fuerza de decirlo ellos y sus adepto- casi han puesto al mundo en estado de creer- los; pero el hombre reflexivo espacia su alma por el vasto panorama que le ofrece el mundo social; en él ve desafueros; en él hay tropelías, en él po- derosos que escarnecen al pobre y gobernantes que oprimen los pueblos y vejan los débiles, y por satisfacer á un magnate atropellan el derecho, la ley y la religion. ¿Y qué se hace por contener á cada uno en sus límites? ¿Qué para evitar los desafueros y las vejaciones? ¿Qué para escudar el derecho y la ley? Nosotros confesamos que nada vemos suficiente. Ellos nos dicen que la prensa y los estamentos: nosotros vemos la primera estra- viada, y los segundos ocupados en personalidades y otras cosas, en todo menos en lo que atañe á su deber; y dado caso que fuese lo que sus apo- logistas dicen, ¿habriamos conseguido el anhelado remedio? Creemos que no, y lo creemos así por- que reglar la moralidad solo puede hacerlo la re- ligion; moralizar y humanizar los pueblos es el deber del sacerdocio, él lo hizo siempre, él solo podrá hacerlo, solo á él es dado este derecho, so- lo él le cumplió siempre, y solo él le llevará á

término, solo él es el sacerdote de la humanidad.

Acabamos de presentar los beneficios que á la humanidad y á la civilizacion reportaron los freires, y lo hacemos con tanto mas gusto cuanto tambien son combatidos sus institutos, y por lo mismo que pertenecieron y pertenecen al clero debian tener un lugar en nuestra obra, tanto mas, cuanto su aparicion fué una necesidad del siglo en que vivieron. Al mismo tiempo era justo presentar la inmoralidad del nuestro que hace indispensable un remedio, y el cual solo cuando el Señor ilumine hombres caritativos que estudiando á fondo los males busquen en la oracion y el silencio su remedio, es cuando esperamos que de la oracion y el silencio salgan espíritus reformadores, que con la religion por norte y por divisa la cruz, combatan la obra del demonio y proporcionen alivio á la humanidad, á la civilizacion progreso, y á las almas descanso y asilo. No es de utopistas descreidos esta mision, ni de combinaciones políticas este fruto, no, del clero debe esperarse lo primero, y de la religion lo segundo: los cálculos de la ambicion y del egoismo nunca fueron los protectores de la humanidad sino sus verdugos; nunca fueron los amigos del hombre sino sus tiranos; jamas de ellos vino otra cosa que el desenfreno y la opresion. Nuestros políticos caminan sobre el egoismo, por mas que digan otra cosa; sus obras lo publican, y los frutos del egois-

mo son á todos conocidos; por eso ellos no son capaces de imitar los trabajos y loables fines de las órdenes militares religiosas; por eso las deprimen, desconocen sus servicios sin tener en cuenta que si *por sus frutos se conocen los hombres*, es cierto que los que prestaron los freires son sazonados y esquisitos, así como los suyos amargos y venenosos; el pueblo optará por aquellos y despreciará éstos; los freires serán objeto de gratitud, ellos de desprecio hoy, mañana de compasion ante el Juez supremo. ¡Ah! no queremos decirlo, porque si no usa de todo el lleno de su misericordia esta será la mas terrible acusacion, la mas terrible sentencia, la peor calificacion.

Tenemos manifestado que contra los escándalos y desafueros del siglo proveyó el Señor al remedio por medio de las órdenes militares religiosas, y por lo tanto que fueron útiles en su institucion y que prestaron grandes servicios á la humanidad. Los escándalos fueron por ellas reprimidos y la política modificada, y por estos medios la civilizacion progresó: ahora vamos á considerar de dónde salió el remedio para los males que causaban las herejías, y quién fué el poder que salvó la sociedad y la civilizacion de sus desafueros. En el principio de este capítulo dijimos que estos siglos fueron *herejes*, y poco mas adelante hemos reseñado los principales errores que en ellos nacieron. Aquel torrente desbordado que todo lo arrollaba,

necesitaba un dique que contuviera sus furores y una tabla donde la combatida civilización, la afligida humanidad se salvara, y este dique le opuso el clero, y esta tabla fué la religión. Cupo al clero secular y á los monjes combatir las antiguas herejías y civilizar el mundo antiguo; cabe á los frailes el honor de combatir las modernas y civilizar el nuevo continente: de lo primero vamos á ocuparnos, reservando para otro lugar hablar de los misioneros; así, pues, al entrar en el exámen, debemos ante todo empezar por decir que Dios que en las ocasiones difíciles nunca abandona su Iglesia y provee al remedio de sus males y al consuelo de su angustia, proveyó á los males de este siglo por medio de nuevos institutos religiosos, plantas lozanas que en medio del lodazal en que luchaban todas las pasiones y se revolcaban todas las almas aparecieron para triunfar de unas y libertar otras; campeones de la verdad y de la virtud, defendieron tan caros objetos denodadamente, y de este modo la sociedad debe á la religión el alivio de sus males y su salvación al borde del precipicio en que la tenían bamboleándose las herejías y el error. Veamos la prueba de esta asercion.

Al momento que las herejías infestaban con su mofético aliento la sociedad, y aridescían el jardín de la Iglesia, el riego benéfico de los desvelos de sus hijos, acudió en torno suyo para salvarla, y nuevas órdenes religiosas brotaron de su tierra

bendita, cuyas virtudes volvieron la hermosura é hicieron revivir los amortiguados colores de su ameno jardín. El celo de los frailes, especialmente de las nuevas órdenes, se ejerció fervorosamente contra estos herejes, y en la encarnizada lucha que emprendieron prueban cuán necesarios fueron en aquellos siglos á la Iglesia y al Estado: por esta misma razón nos parece muy del caso referir el origen de las órdenes que en aquellos tiempos se establecieron, y así, al par que consideramos su origen, analizaremos los bienes que con él consiguieron la humanidad y la civilización, poniendo á nuestros lectores en el caso de juzgar con imparcialidad el mérito de estos institutos, y ver si tienen sus enemigos razón en su juicio ó si su acusación es injusta; por nuestra parte, como siempre, vamos á presentar hechos, y la historia en prueba de nuestro aserto y en defensa de nuestra causa; ellos por la suya no sabemos qué harán, pero de ellos y nosotros es juez el público, y su fallo creemos nos escudará, porque la verdad siempre es la verdad, y la mentira la mentira, una y otra se oponen, y entre las dos, una vez que se presenten con claridad no es dudosa la elección; si quedamos vencidos en este combate culparemos solo nuestra insuficiencia; si victoriosos, daremos gracias á Dios, y en ambos casos acataremos sus decretos y nos someteremos con resignación á su voluntad.

Tan luego como el infierno empezó á vomitar herejías, el Señor hizo aparecer nuevos adalides que las combatieran. Diversas congregaciones habian sido instituidas á principios del siglo XI como en el Languedoc los buenos hombres por Estéban Thiers, quien hizo tantos milagros despues de muerto, que el nuevo prior le mandó terminarlos: "en razon á que la órden recientemente establecida, no aspiraba á hacer que se hablara de ella." En el Delfinado, Bruno, de Colonia, fundó los cartujos, órden tan austera, que hasta les estaba prohibido hablar por no ocupar el tiempo sino en la oracion y en la copia de libros: en otra parte hemos hablado de la reforma de la órden de S. Benito, por Benito Aniano, y posteriormente en la órden de Cluni, que tomó un incremento prodigioso en muy corto tiempo, y tanto que llamó la atencion de S. Bernardo. En tan corrompido siglo, en medio de los males que afligian la Iglesia, los desvelos de su Esposo querido la conserva hijos buenos que lloran sus desgracias y la buscan un remedio: así, entre tanta abominacion aparece S. Roberto, alma llena del espíritu de Dios, que abandonando la abadía de Molemes, se retiró cerca de Dijon al desierto del Cister; y allí renovó todo el rigor de la órden de S. Benito, y ni aun quiso recibir novicios. Allí sustituyó S. Alberico el hábito blanco al negro, obligó á los religiosos como en los primitivos tiempos de la insti-

tucion, al trabajo; y al par que las demas congregaciones aspiraban á hacerse independientes, él prometió en nombre de la suya una completa submission. Así fué, que esta órden creció admirablemente, y muy pocos años despues contaban los cistercienses mil ochocientas casas de hombres y mil cuatrocientas de mujeres, que anhelando la perfeccion, huian á buscar un asilo contra el vicio del siglo, que todo lo absorbía y dominaba: allí, en aquellos asilos, almas enérgicas se preparon á luchar contra las pasiones y á combatir las herejías; así se preparaban tablas de salvacion á la humanidad y á la Iglesia, y á la civilizacion defensores: aquellas casas eran otros tantos baluartes contra la impiedad que todo lo invadia, contra el vicio que todo lo atropellaba, contra la herejía que todo lo corrompia.

Por este tiempo apareció S. Bernardo; de alma contemplativa, genio austero, imaginacion vehemente, era el adalid más á propósito para los combates que muy pronto han de empeñarse, era sin duda el hombre elegido por la mano de Dios para defender su causa. Este hombre admirable lleno de fogosidad, no podia menos de entusiasmarse á la noticia de la rigidez de la nueva órden, y se entusiasmó en efecto, y en tales términos, que se decidió á profesar aquella regla, y escogió aquella casa por asilo. La fama de su santidad y virtud eran ya demasiado conocidas; y así, al entrar

en la órden del Cister, aumentó por su reputacion la ya bien merecida del instituto que abrazaba; el santo encontró en la órden un refugio, y la órden en el santo adquirió uno de sus más ilustres blasones, una de sus mejores flores y uno de sus más bellos ornamentos. Así fué, que muy en breve aquel monasterio se consideró insuficiente y poco espacioso, y fué necesario fundar otro en Clairvaux, del cual S. Bernardo fué el primer abad, sin embargo de contar solo veinticinco años; pero en él todo era actividad, todo vida, todo virtud, y así sus pocos años se compensan con estas cualidades; y tanto, que Clairvaux, á la vuelta de poco tiempo, se vió cubierto de cultivos, se llenó de obreros que trabajaban con una actividad silenciosa, y sirvió de modelo á los conventos que se multiplicaron en otras partes; y tanto, que muy pronto esta tierna planta fué un árbol frondoso, cuyas ramas prestaron á la humanidad un refrigerio y á la civilizacion su asilo; á su sombra, las almas venian á nutrirse en la oracion para prepararse á combatir los vicios, y amaestradas en la virtud hallarse dispuestas á los combates.

Guillermo de Champeano, maestro primero, y luego adversario de Abelardo, aconsejó á Luis VI que construyera cerca de París una abadía en honor de S. Víctor, de Marsella, á la cual fué unida una congregacion de canónigos regulares dedicados á la enseñanza. Lorenzo de Arbrissel ejerció

su elocuencia y su celo en la conversion de las mujeres de mala vida: no contento con dedicarse á estos trabajos humanitarios, fundó en Poitou, en el valle de Fontevrault, dos monasterios sujetos á la regla de S. Benito, uno para hombres y otro para mujeres; pero se multiplicaron tanto, que hubo necesidad de modificar la regla. Tambien el obispo de Laon, ayudado de S. Norberto, fundó los premonstratenses, llamados así del lugar donde fué establecida. Esta órden, que se ha hecho muy célebre, tiene justísimos títulos para la admiracion del mundo, y en sus individuos brillaba la costumbre de meditar constantemente sobre sí propios y de compararse á la hermosura inefable, de sorprender el mal en su origen bajo sus fugitivas formas, de aspirar con ardor al bien infinito y á lo bello sustancial; y esta costumbre de meditar desarrollaba en aquellos solitarios una gran delicadeza de sentimientos y una vista interior penetrante y perspicaz que los hacia preservarse de la corrupcion general y presentarse á la faz del mundo como unos dechados de virtud dignos de ser imitados. De aquí, de esta vida abstraída y meditabunda, nacia aquel conocimiento del hombre interior y del hombre social que tan útil es siempre á los moralistas y oradores, por medio del cual pueden combatir el vicio y dar impulso á la virtud, único modo como la moral triunfa, y la sociedad y la civilizacion progresan.